

(1979). One critique of the book would be its lack of footnotes with sources for the many quotes and its lack of a bibliography (although there is a page “Note on Sources”) which makes it a less scholarly book. As the book sold out immediately after publication, perhaps this can be addressed in the second printing.

Madonna M. Murphy

Javier ECHEVARRÍA, *Creo, creemos: textos procedentes de las Cartas pastorales dirigidas a los fieles de la Prelatura del Opus Dei durante el Año de la Fe (2012-2013)*, Madrid, Rialp, 2014, 127 pp.

Con ocasión del Año de la Fe, desde octubre de 2012 a noviembre de 2013, Mons. Javier Echevarría ha dedicado sus cartas pastorales mensuales a comentar los artículos del Credo, para ofrecer una meditación sobre el contenido de la fe. Con la recopilación de estos comentarios, el Prelado del Opus Dei ofrece una pauta para meditar sobre verdades básicas de nuestra fe católica, aplicando estas enseñanzas a las circunstancias de la vida ordinaria.

Como fuente de su pensamiento, acude especialmente al mensaje recibido de san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, siempre con devoción y agradecimiento: como quien ha contemplado una vida especial y quiere ser testigo y transmisor de esa vida, que es un espíritu de Dios para toda la Iglesia. También expone con veneración y continuidad el magisterio pontificio. No lo hace como cita de autoridad sin más, sino como algo profundamente meditado y unido a la verdad de que se trata. Son numerosas las referencias al papa Benedicto XVI y al papa Francisco, así como al Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI. También se cita con frecuencia el Catecismo de la Iglesia Católica. Otra fuente de sus comentarios es la Liturgia, especialmente de la celebración eucarística.

El estilo es sencillo. No se trata de un texto teológico sino pastoral, siempre como una exhortación a la vida cristiana efectiva, auténtica. «Convenzámonos de que vivir el Credo, integrarlo en toda nuestra existencia, nos hará entender mejor y amar más nuestra estupenda dependencia de Dios, saborear la alegría incomparable de ser y de sabernos hijos suyos» (p. 21). El contenido es profundo y arraigado en la doctrina, no una simple consideración sentimental.

A la vez, el Autor busca la respuesta personal. Por eso suele hacer preguntas incisivas que comprometen al lector, y le suponen en una actitud de oración, de poner la vida personal delante de Dios. Se trata de un vivir o respirar de fe, del empeño en la vida cotidiana del cristiano. Por ejemplo, al reflexionar sobre la muerte y el fin de los tiempos, «consideremos que ese encuentro definitivo del Señor con cada uno va precedido por su actuación constante en cada momento de la vida ordinaria. Todavía recuerdo la viveza con que san Josemaría, para este andar cotidiano, le pedía: *mane*

*nobiscum!*, quédate con nosotros. ¿Se lo decimos conscientes de que hemos de dejar que actúe en toda nuestra vida?» (p. 72).

Quizá una de las notas más constantes en los distintos comentarios es el optimismo sobrenatural con que presenta sus ideas. «Nos ha tocado vivir en una época en que la necesidad de trabajar en la edificación de la Iglesia se muestra más apremiante. No nos desanimemos ni demos paso al más pequeño pesimismo, ante el clima de relativismo y de indiferencia –más aún, de rechazo de Dios– que se extiende como una mancha de aceite por tantos lugares. [...] Insisto: llenémonos de confianza, sin dejar resquicios al desaliento. Nuestra época se nos presenta rebosante de posibilidades maravillosas para aprender y para propagar el bien. A diario se nos brindan ocasiones de demostrar nuestro cariño al Señor hablando de Él a quienes encontramos en nuestro camino. Redoblemos nuestra confianza en Él» (pp. 87-89).

El contenido fundamental es un comentario más del Credo a partir del Símbolo Niceno-constantinopolitano, aunque siempre en clave existencial. «Al recitar el Credo, profesamos creer en Dios Padre todopoderoso, en su Hijo Jesucristo que murió y fue resucitado, en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida. Confesamos que la Iglesia, una, santa, católica y apostólica, es el cuerpo de Cristo, animado por el Espíritu Santo. Nos alegramos ante la remisión de los pecados, y ante la esperanza de la resurrección futura. Pero, esas verdades ¿penetran hasta lo hondo del corazón o se quedan quizá en los labios?» (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 129)» (p. 117). Este es el mensaje que el autor desea transmitir: la maravilla de la existencia cotidiana forjada por la huella cristológica, trinitaria y eclesial en el cristiano.

Pienso que la verdad más presente en el texto, como es lógico, sea la cercanía de la vida diaria con el misterio de Jesucristo. «*Verbum caro factum est*. El Verbo de Dios no sólo se ha acercado para hablarnos, sino que se ha hecho uno de nosotros, igual en todo a nosotros excepto en el pecado. Ha querido venir al mundo para enseñarnos “que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas”, y nos insta a que los recorramos santamente, con perfección sobrenatural y humana. ¡Qué infinita y maravillosamente se nos acerca el Dios con nosotros!» (p. 37). «*Es perfectus Deus, perfectus homo*. Esforcémonos por adentrarnos a fondo en esta verdad; pidamos al Paráclito que nos ilumine para captarla con más hondura, convirtiéndola en vida de nuestra vida, y para comunicarla con santo entusiasmo a los demás» (p. 39).

Precisamente en la meditación del misterio puede contemplarse el infinito amor de Dios. «Ante tan maravillosa realidad, se entiende que san Josemaría exclamara con frecuencia: ¿por qué me quieres tanto, Señor?» (p. 41). «¡Qué agradecimiento debemos tener a Nuestro Señor, por el amor inconmensurable que nos ha demostrado! Libremente y por amor ha ofrecido el sacrificio de su vida, no sólo por la humanidad tomada en su conjunto, sino por cada una, por cada uno de nosotros» (p. 51). Este trato personal, íntimo, de amor, se alimenta en la consideración de los

misterios de la vida de Jesús, que deben reproducirse en la vida del cristiano. Con palabras de san Josemaría, afirma que «la Semana Santa no puede reducirse a un mero recuerdo, ya que es la consideración del misterio de Jesucristo, que se prolonga en nuestras almas; el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. “Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo (1 Pe 2, 5), para realizar cada una de nuestras acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre” (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 96)» (pp. 53-54).

Al hilo de las verdades del Credo aparece siempre una referencia a la Trinidad, que manifiesta el trato vivo con cada una de las personas divinas desde el que se contempla todo, a la vez que se interpela a ponerlo en el centro de la propia vida de fe. «Reflexionar sobre la santidad de la Iglesia, manifestada en su doctrina, en sus instituciones, en tantos hijos e hijas suyos a lo largo de la historia, nos moverá a una profunda acción de gracias al Dios tres veces Santo, fuente de toda santidad, a sabernos metidos en la manifestación de amor de la Trinidad por nosotros: ¿cómo acudimos a cada Persona divina? ¿Sentimos la necesidad de amarlas distinguiéndolas?» (p. 91).

Otro elemento destacado en la reflexión de Mons. Echevarría es el amor a la Iglesia, por su origen en Dios y por su misión de llevar a todos a la comunión en el amor divino. «La Iglesia es Madre en todo momento. Nos regeneró en las aguas del Bautismo comunicándonos la vida de Cristo y, al mismo tiempo, la promesa de la inmortalidad futura; luego, mediante los demás sacramentos –especialmente la Confesión y la Eucaristía– se ocupó de que ese “estar” y “caminar” en Cristo se desarrollara en nuestras almas; después, cuando llega la enfermedad grave y, sobre todo, en el trance de la muerte, se inclina de nuevo sobre sus hijas e hijos y nos fortalece mediante la Unción de los enfermos y la Comunión a manera de viático» (p. 119).

Esta consideración de la Iglesia como Madre reaviva la conciencia de la participación de todo cristiano en la misión evangelizadora de Jesús. Con palabras de san Josemaría, afirma que «“en la Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo” (San Josemaría, homilía *Lealtad a la Iglesia*)» (p. 103). Este es el magisterio sobre la *Iglesia en salida* del papa Francisco, que «al concluir la Jornada Mundial de la Juventud en Río de Janeiro, ha lanzado el mismo llamamiento con especial insistencia a la gente joven, cuando resumía su mensaje en tres palabras: “Vayan, sin miedo, para servir”» (p. 104).

Pablo Marti